

12_sibilia_biopoder

Keywords

Biopolíticas, Estatización de lo biológico, Biopoder, Tecnociencia, Lógica fáustica, Autovigilancia, Posthumano

La privatización de las biopolíticas

Las vidas humanas están constantemente influenciadas por los saberes y poderes de una época. En sociedades industriales, se observa una "estatización de lo biológico" mediante biopolíticas que buscan controlar poblaciones. Foucault señala que esto surge con la concepción de la vida tras los descubrimientos de Darwin. Estas estrategias estatales, desarrolladas desde el siglo XVII, se centraron en planificar, regular y prevenir, influyendo en la vida individual y colectiva.

Dos vectores, disciplina y biopolíticas, se entrelazaron en el capitalismo industrial para optimizar la utilidad humana. Las instituciones normalizadoras implementaron medidas para disciplinar cuerpos individuales y regular poblaciones. En el siglo XIX, en ciudades como París, se ejerció control mediante medidas de higiene y urbanización, generando resistencia. La

ética protestante contribuyó a imponer el "espíritu del capitalismo" y el cientificismo.

El "proceso civilizador" buscó modernizar y "purificar" cuerpos mediante higiene, normas y disciplina, con cierta violencia. Las biopolíticas, posteriores a las disciplinarias, se basaron en conocimientos científicos y metodologías estadísticas para intervenir en la vida de las poblaciones. El objetivo era controlar la variabilidad biológica, estimular la natalidad, prolongar la vida y reducir costos, mostrando las ambiciones prometeicas de la tecnociencia estatizada.

En la transición de las sociedades preindustriales a las industriales, el poder pasó de una soberanía basada en el derecho a hacer morir a una regulación meticulosa de la vida, marcando el surgimiento de disciplinas y biopolíticas estatales. Foucault denominó este cambio como biopoder, dirigido a la vida misma para producir fuerzas, ordenarlas y canalizarlas, fundamental para el desarrollo del capitalismo. Esta administración de las vidas se apoyó en conocimientos científicos prometeicos, regulando tanto el cuerpo individual como la población a nivel biológico. La figura central que surgió de estas estrategias fue el trabajador, producto de la ortopedia social y la optimización de la productividad.

En las sociedades actuales, las redes de poder se han intensificado y sofisticado, influenciadas por la tecnociencia. La descentralización y

privatización han debilitado el papel de los Estados y las instituciones de encierro. Las corporaciones transnacionales han asumido un papel crucial en la construcción biopolítica, organizando territorios, poblaciones y subjetividades. El mercado se ha convertido en el soporte ideal para canalizar el control disperso y total del biopoder, produciendo sujetos consumidores en el nuevo capitalismo postindustrial global. La demanda laboral ha cambiado hacia habilidades inmateriales, como la creatividad e inteligencia, y las estrategias de marketing desempeñan un papel fundamental en la construcción de cuerpos y modos de ser en la sociedad contemporánea.

El biopoder, aunque imperfecto, busca constantemente ajustarse a nuevos saberes y tecnologías para controlar la vida. A pesar de sus intentos de dominio, las fuerzas vitales resisten, obligando al biopoder a reestructurarse. Con la supremacía del mercado, el biopoder se digitaliza y expande, superando fronteras. La capacidad de modificar genomas y la privatización de la vida han transformado el marco legal, permitiendo patentar formas de vida. La tecnociencia busca controlar lo imprevisible, enfocándose en la gestión de riesgos y la manipulación genética. La biopiratería, denunciada por Vandana Shiva, revela cómo las empresas se apropian de recursos genéticos, generando preocupaciones sobre la privatización de la vida y la colonización biológica.

La lucha por patentar la biodiversidad se intensifica, trasladándose de las instituciones públicas a laboratorios privados. La fusión entre el espíritu empresarial y la tecnociencia fáustica, conocida como "big science," se manifiesta en proyectos como el Genoma Humano. La privatización de la investigación científica genera preocupaciones sobre la falta de intercambio de información. La dependencia de la tecnociencia en el mercado afecta la divulgación de descubrimientos científicos. La segmentación de consumidores en términos mercadotécnicos redefine las estrategias biopolíticas y excluye a una parte de la población. El capitalismo actual, denominado "imperialismo de exclusión," crea una brecha entre incluidos y excluidos, marcando el surgimiento de problemas sociales y la necesidad de buscar seguridad en un mundo fáustico.

El imperativo de la salud: la enfermedad como error en el código y prevención de riesgos

La medicina, como poderoso complejo de saberes y poderes, ha evolucionado a lo largo de la historia, disciplinando y regulando la vida desde los siglos XVIII y XIX. La tecnociencia actual, fusionada con el mercado, da origen a nuevas ramas médicas como e-medicine, biónica y terapias genéticas. El enfoque biopolítico se desplaza de la sexualidad a los genes, destacando la importancia del código genético en la era digital. La sangre, el sexo y

ahora los genes ocupan lugares estratégicos en el dispositivo de poder. El ADN se convierte en el nuevo protagonista del biopoder, con potencialidades biopolíticas y subjetivantes. La medicina moderna, influida por la tecnociencia, se centra en la reprogramación molecular y genética. Las terapias psicofarmacológicas, como Prozac, reflejan esta transición, proporcionando eficacia inmediata y debilitando el psicoanálisis tradicional. La terapéutica contemporánea busca corregir errores genéticos o neurológicos, operando en el sistema digital del cuerpo-alma. La analogía entre terapias genéticas y psicofarmacología destaca su conexión con el paradigma fáustico de la tecnociencia. Descubrimientos como el "Prozac genético" señalan la relación entre ciertos genes y características psicológicas, abriendo posibilidades para tratamientos genéticos de depresiones leves.

La posibilidad de corregir "errores de programación" en el código genético, como propone la terapia genética de línea germinal, plantea la intervención en embriones para eliminar predisposiciones hereditarias. Mientras tanto, el mercado de psicofármacos, como Prozac y Ritalina, trata condiciones consideradas normales, generando enormes ganancias. La lógica digital en el "dispositivo genético" define desviaciones como errores, similar al funcionamiento de biochips que detectan fallas en comparación con la norma. La redefinición de normalidad y enfermedad en el contexto de biopoder y mercado se basa en

fluctuaciones estadísticas y probabilísticas, desdibujando las antiguas dicotomías de salud/enfermedad y normal/patológico. Ejemplos como la comercialización exitosa de hGH para niños de estatura normal ilustran estas redefiniciones y la asociación de enfermedades con genes se apoya en cálculos estadísticos, como en el caso del "Prozac genético".

La tecnociencia, inspirada en la lógica fáustica, se apoya en leyes probabilísticas y tendencias cuantificables, presentes en cálculos estadísticos y leyes cuánticas. A pesar de la debilidad inherente a lo probabilístico, la sociedad ya discrimina basada en propensiones genéticas, utilizando análisis genéticos para evaluar riesgos y potencialidades. Se vislumbra un futuro con pruebas y registros genéticos obligatorios, con la industria médica respaldada por datos genéticos. La medicina enfocada en probabilidades busca no solo curar sino prevenir riesgos, convirtiendo la enfermedad en algo endémico. La figura del portador asintomático ilustra la lucha constante contra la propensión a la enfermedad y la muerte. El sociólogo Robert Castel señala cambios en psiquiatría, con un enfoque renovado en explicaciones biológicas y técnicas. La tecnociencia redefine la humanidad hacia un modelo desprovisto de profundidad consciente, compromiso social e historia, enfocándose en valores de mercado y soluciones técnicas. La descentralización de las instituciones estatales y la propagación de la lógica empresarial llevan a la priorización de

resultados rápidos y tangibles, con dispositivos de prevención que permiten a los individuos administrar sus riesgos genéticos.

La transición del poder, según Foucault y otros autores, se mueve de la vigilancia disciplinaria a la gestión privada de riesgos. En este nuevo contexto, los individuos asumen la responsabilidad de gestionar sus propias limitaciones, convirtiéndose en gestores de sí mismos, planificando sus vidas como empresarios. El biopoder se transforma en una estrategia de minimizar intervenciones directas y enfocarse en la prevención basada en propensiones y probabilidades. La noción de peligrosidad, relativa y estadística, ilustra este cambio en el derecho, apuntando no a actos consumados sino a potencialidades de comportamiento. Todos los individuos se vuelven potencialmente peligrosos, y la sociedad enfatiza la autovigilancia para enfrentar la necesidad de salud y vida eterna. La gestión de riesgos implica decisiones de estilo de vida, desde campañas antitabaco hasta pruebas genéticas para evaluar propensión a comportamientos violentos. La ciencia legitima formas de discriminación basadas en la inferioridad científicamente comprobada, como se ilustra en la película Gattaca. La tecnociencia fáustica destaca la categoría de posthumano, relegando a quienes no se ajustan como subhumanos.